Brindaré como un señor

Llevo años oliendo el mismo perfume dulce que se escapa de las botas. Lo disfrutan los hombres que vienen con sombrero, las mujeres que ríen con los ojos cerrados o el capataz que me pega con la escoba cuando husmeo. Todos menos yo, que sólo me toca hueso seco y agua turbia.

En septiembre es peor. Vuelven del viñedo con las suelas teñidas de morado, hablando de racimos, lluvias y azúcar. Así que maquiné estrategias. Primero ladré sin descanso, confiando en que alguien me hiciera callar con una copa. Fracasé. Me lanzaron un palo. Lo traje de vuelta, aunque no precisamente porque ignorase dónde podían metérselo. Otra estrategia es fingir cojera y poner mi mejor cara de pena. El resultado, de momento, es de noventa y ocho caricias y cero mililitros. Sólo me queda cavar un túnel hasta la sala de catas, pero me falta práctica en geometría.

A veces me dejan quedarme junto a las barricas cuando la bodega se vacía. Allí el olor es más fuerte y uno puede hacerse ilusiones y soñar gratis. Una noche encontré una mancha oscura entre dos tablas. La lamí con entusiasmo. Era agua de fregar. Desde entonces desconfío de los charcos, pero no de la suerte ni de la fe.

Por eso sé que algún día una mano torpe derramará unas gotas de mencía del Bierzo en el suelo, y entonces yo, humilde perro bodeguero, al fin brindaré como un señor.

«La cepa humilde»

Seudónimo: «Bercebo»

Llamábase Bercebuelo, y de tan pobre que nació, hasta el hambre le arrendaba los retorcijones. Anduvo los caminos del Bierzo vendiendo sus trazas al mejor postor, con ganancia que casi nunca pasaba de un mendrugo, hasta que dio con un viñedo cuyo dueño, más devoto de Morfeo que de la poda, le franqueó jergón en la bodega a cambio de que espantase descuideros y zahoreños. Allí entre cubas que garlaban en su dialecto de báquicas espumas, aprendió el tunante que la cepa, retorcida y modesta, guarda en su leño toda la embriaguez que después presume el tonel de haber inventado él solo.

Cató una noche mosto turbio, y todavía discutiendo consigo mismo si era zumo o ya licor, sintió que el juicio, que antes le pesaba cual capa ajena, le iba desnudando las verdades. Pensó entonces, con esa lucidez que solo concede la primera borrachera, que el hombre es como el racimo, apretado de granos que se creen cada uno señor de su propia dulzura, sin caer en la cuenta de que penden todos de idéntico sarmiento y del mismo destino de lagar.

Amaneció con la boca hecha estopa y el alma algo más liviana como si hubiera soltado un fardo que llevaba cargando sin saber que era suyo. Volvió a los senderos, ya sin ínfulas de ingenio, convencido de que el entendimiento, igual que el buen caldo, no se persigue, mas se decanta solo, cuando el pícaro deja, por fin, de agitar la pichela.

LECHE ROJA.

Luz de oro, luz del sol, los vinos son. Sinuosos en mi garganta de coral. Omnipotente chispa de burbujas en mi copa de cristal. Perfume de mi Bergidum Flavium, asiento de mis ancestros templarios.

Leche roja que amamantó muchos hogares. Leche roja de pechos afrutados. Los hombres de esta tierra, el aroma de sus vinos lo llevan tatuado. Dulzor que acaricia mi boca aroma a canela. Recordándome los lagares de mi abuela.

Me susurran bajito, los siento llamar, levantar mi copa de vino al cielo es mi salud mental. Brindo por mis paisanos, tíos, padres y hermanos. Los que ya se han ido y dejaron el vino en nuestras manos. Tierra de chantones a la luz de la luna recogiendo racimos desde la cuna.

Roma se rindió ante vuestros caldos, Roma se echó a llorar, cuando se fue de Camponaraya pero los vinos no se los pudo llevar. Dormido quedó en la bodega el buen vino. Acurrucado en sus mazmorras, para fermentar. De pronto al amanecer, se le sintió bostezar. Uvas negras, doradas cosechas, azul el arroyo Naraya, reflejado en mi cara. Uvas verde, verdes los ojos, verde en el alma.

Uvas verdinegras, negras las nubes y el despertar cada mañana como si nada. Tú, luna de agosto brújula de mis cosechas. Mencía en un brindis por vosotros, por mi yaya

y por ti, Camponaraya.

Chiqui

Destino

Seudónimo: Éfix

Lo descubrió una mañana casi sin darse cuenta. Al principio pensó que era solo una ilusión óptica, una mala jugada que le hacía el tiempo. Pero la realidad se convirtió en evidencia. No podía ser, pero estaba pasando: la viña se movía. No eran meros desplazamientos de la tierra, ni tampoco fruto de la erosión. Las cepas se movían al unísono cada día un poco. No era casi apreciable, pero era algo innegable.

La viña estaba sola. No había otras que la circundaran de modo que, como si fuera un ser viviente, se iba apoderando del terreno de hierbas y zarzas, silente.

La dirección parecía clara: la viña se dirigía al cementerio del pueblo, situado en lo más alto de la colina. Como si fuera el movimiento de una duna de arena, implacable, no había manera de parar el proceso.

El cementerio estaba casi abandonado. Así que nadie más que él apreció que la viña subía la colina y progresaba hacia su destino. Eran cepas centenarias, trabajadas por las manos de los que ahora reposaban en las tumbas. Hombres y mujeres que había dejado su sudor y su sangre en aquella tierra rojiza.

Por eso no dijo nada, ni tampoco se esforzó en parar el fenómeno.

Hasta que una mañana llegó y abrió la verja del cementerio. Allí estaban las cepas, descansando entre las tumbas. Justo en el momento de la vendimia, justo cuando las viejas cepas daban el fruto de su último verano.

LA VERDAD

Miró hacia el frente y se sentó en una gran roca. Delante de él, un extenso viñedo. Bueno, si se podía seguir llamando así, pues ahora se encontraba cubierto de vegetación silvestre y con unas vides muy viejas y sin fruto.

Siguió observando aquel extraño lugar, que le producía una sensación fría, de esas que erizan la piel. Pensamientos, recuerdos, imágenes empezaron a llegar a su mente entremezclados, difuminados, incapaz de centrarse en ninguno de ellos, incapaz de verlos. Él había venido en busca de saber, de recordar, pues la historia de aquel viñedo estaba entrelazada a la suya. Pero el recordar duele, y más cuando los recuerdos son tan desgarradores como los que él tenía de aquel lugar. Tal vez por eso estaban encerrados en lo profundo de su memoria, quizá para que pudiera dormir por las noches sin pensar en lo que había sucedido allí.

Y así, aquel hombre que vino con el propósito de recordar, otro día más se marchaba de aquel lugar, apoyado en su bastón, asustado, pues aunque tenía que encontrar la verdad, no se atrevía. Y es que la verdad puede llegar a ser muy dolorosa, pero algo que descubriría tiempo después, es que más dolorosa es la espera por encontrarla.

FÍGARO